

Dómina

L. S. Hilton

Traducción de Santiago del Rey

PENGUIN RANDOM HOUSE

Rocaeditorial

Dómina

Título original: *Domina*

D. R. © 2017, L. S. Hilton

Publicado en lengua original inglesa como *Domina* por Zaffre,
un sello de Bonnier Publishing, Londres.

Publicado en España en acuerdo con International Editors'Co.
y Bonnier Publishing Fiction.

El autor hace valer sus derechos morales.

Primera edición en España: junio, 2017

Primera edición en México: julio, 2017

D. R. © de la traducción: 2017, Santiago del Rey

D. R. © de esta edición: 2017, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas,
sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo
las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial
de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos
la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución
de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

ISBN: 978-841-686-725-7

Impreso en México – *Printed in Mexico*

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente
de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando
una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Prólogo

Yo quería acabar cuanto antes, pero me obligué a hacer las cosas despacio. Cerré los postigos de las tres ventanas, abrí una botella de Gavi, llené dos copas y encendí las velas. Rituales familiares, reconocibles, reconfortantes. Él dejó su bolsa en el suelo, se quitó la chaqueta lentamente y la colgó en el respaldo de la silla sin dejar de mirarme. Sus ojos recorrieron los cuadros de las paredes. Dejé que el silencio se prolongara hasta que reparó en uno de ellos.

—¿Eso no es un...?

—Un Agnes Martin, sí —dije, terminando la frase.

—Muy bonito.

—Gracias.

Mantuve en mis labios una leve sonrisa divertida. Otra pausa. El denso silencio de la noche de Venecia fue quebrado por un ruido de pasos abajo, cruzando el *campo*. Ambos volvimos la cabeza hacia la ventana.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí? —preguntó.

—Una temporada.

La actitud engreída que había mostrado antes, en el bar, se había desvanecido por completo. Ahora parecía incómodo, penoso y tremendamente joven. Yo iba a tener que dar el primer paso, obviamente. Me hallaba de pie, con la copa en la mano y

L. S. HILTON

el brazo cruzado sobre mi cuerpo. Solo había entre nosotros dos pasos. Di el primero, mirándolo a los ojos. ¿Acaso no captaba el mensaje en los míos?

«Corre —decían—; corre sin mirar atrás.»

Di el segundo paso y alargué la mano para acariciar su mentón cubierto por la barba incipiente. Lentamente, sosteniéndole la mirada, me incliné hacia su boca y le rocé los labios con los míos antes de que nuestras lenguas se enlazaran. No sabía tan mal como me esperaba. Interrumpí el beso, separándome un momento, y, con un solo movimiento, me quité el vestido por encima de la cabeza y lo dejé caer al suelo junto con el sujetador. Me recogí el pelo detrás de los hombros y, pasándome las palmas lentamente por los pezones, bajé los brazos.

—Elisabeth —murmuró.

La bañera estaba al pie de la cama. Mientras se la hacía rodear y lo atraía de la mano hacia mis sábanas Frette, noté que se abatía sobre mí una agobiante sensación de cansancio, la ausencia de algo que me había sido extremadamente familiar en el pasado. Ya no quedaba rabia dentro de mí, ni el menor atisbo de deseo. Dejé que continuara y, cuando hubo terminado, me incorporé enseguida con voz risueña y ojos brillantes. No podía permitir que se quedara dormido. Me levanté de las sábanas humedecidas, tiré al suelo el flácido condón, cargado con su triste e ínfima porción de vida, y abrí el grifo del agua caliente.

—Me apetece un baño. Un baño y un porro. ¿Quieres?

—Vale. Tú verás. —Ahora que habíamos follado, había perdido los modales—. ¿Quieres que saquemos esas fotos?

Mientras estábamos de copas, había conseguido disuadirle de que sacara unos *selfies*. Ahora ya estaba rebuscando el jodido teléfono móvil en sus vaqueros. Era un milagro que no hubiese intentado reproducir su propio orgasmo en Instagram. Durante los breves momentos en los que me había estado bombeando, se me había olvidado lo rematadamente gilipollas que era. De repente, todo me pareció mucho más fácil.

—Dispara, querido. Solo dame un segundo.

Troté desnuda hasta el vestidor y saqué de un cajón un paquete de Rizla, haciendo un alto para desconectar el router wi-fi como medida de precaución. Ya se habían acabado para él las actualizaciones en tiempo real. Añadí un poco de agua fría y un chorro de aceite de almendra a la bañera, abrí el pesado armario de anticuario para la ropa blanca y saqué un par de toallas. La dulce fragancia del aceite se elevó a nuestro alrededor junto con el vaho del agua caliente.

—Venga, adentro —le dije por encima del hombro, mientras desmenuzaba el tabaco de un cigarrillo. Mi pañuelo Hermès, el del estampado circasiano turquesa y azul marino, estaba atado a la correa del bolso. Mientras él se sumergía en el agua, pasé por su lado y me situé a su espalda.

—Voy a coger el mechero. Ah, aquí está.

Le puse el porro entre los labios. No contenía nada, pero eso nunca llegaría a saberlo, porque al tiempo que daba la primera calada, le deslicé el pañuelo por el cuello y, pasándoselo por debajo de las orejas, lo tensé firmemente hacia arriba. Él se atragantó en el acto con el humo, sumergiendo las manos con un chapoteo en la honda bañera. Yo planté los pies en el borde y me eché para atrás, hacia la cama, tirando con más fuerza. Sus pies se agitaron en el agua, pero no encontraban asidero en la porcelana resbaladiza de aceite. Cerré los ojos y empecé a contar. Su mano derecha, todavía sujetando absurdamente el jodido porro, trataba de agarrarme la muñeca, pero el ángulo era excesivo y sus dedos no hacían más que rozar los míos. «Veinticinco... veintiséis...» Solo sentía el hormigueo anaeróbico en mis músculos mientras forcejeábamos; solo oía los resoplidos de mi propia respiración por la nariz mientras su cuerpo se agitaba. «Veintinueve, tranquila, no es nada, treinta, no es nada.» Noté que se iba debilitando, pero de pronto logró introducir un dedo y luego el puño entre el pañuelo y su nuez de Adán y me catapultó violentamente hacia delante. Al liberarse de mi trac-

L. S. HILTON

ción, sin embargo, se vio impulsado hacia el fondo, y entonces yo pivoté sobre el borde de la bañera, poniéndole la rodilla izquierda en el pecho y empujando con todo mi peso. Me sangraba un ojo, y también había sangre en el agua humeante, pero ahora vi que emergían burbujas a la superficie mientras él se agitaba brutalmente. Solté el pañuelo y tanteé con la mano, buscando su cara y su garganta bajo el agua. Él se retorció, lanzaba mordiscos con sus dientes amarillentos. Las burbujas se interrumpieron de golpe.

Poco a poco recuperé el aliento y mi cara se relajó, abandonando su rictus crispado. No veía su rostro bajo el agua de color rosado lechoso. Ya estaba aflojando con cautela la pelvis cuando el agua se infló en una brusca oleada y su cuerpo se elevó violentamente hacia mí. Caí a horcajadas sobre él cuando intentaba desesperadamente sacar la cabeza a la superficie. Conseguí hundirlo otra vez, ayudándome con el codo, y luego le puse una pierna sobre cada hombro. Permanecimos de este modo mucho tiempo, hasta que una lágrima sangrienta cayó de mi rostro al agua con un leve chapoteo.

Quizá fue la claridad de ese sonido casi inaudible. Quizá fue la fragancia de aceite de almendra en las nubes de vaho, o los residuos que iban enfriándose en la superficie del agua. *Esa tarde fría, ese silencio interminable, esa primera cosa muerta bajo mis manos.* La falla geológica que había en mi interior se abrió en una grieta abismal y me engulló con una fuerza que me dejó sin aliento. El tiempo se comprimió de golpe, el pasado se condensó y volvió a mí. Creía haberla dejado atrás hacía mucho. *Ella nunca había formado parte de la vida que yo me había contado a mí misma, pero ahora la veía como si fuera por primera vez.* Aturdida, hundí la mano en el agua, pero solo encontré la carne de un extraño. Sí, había sido necesario, aunque ahora no recordaba por qué. Su mano ascendió flotando; le moví los dedos con los míos en un leve chapoteo musical. Quizá pasé solo unos minutos con-

templando las ondas que se formaban; o quizá fue una hora. Al volver en mí, en todo caso, el agua estaba helada.

Cuando lo icé del fondo, tenía los ojos de par en par. Así que lo último que había visto en este mundo había sido mi coño abierto.

Tenía la piel rosada, inflada como un pan recién horneado, aunque los labios ya se le empezaban a teñir de gris. La cabeza se le cayó hacia atrás; a la luz de las velas, su garganta no presentaba ninguna marca. Sujetándome del borde, salí de la bañera con las piernas temblorosas. En cuanto solté su cuerpo, volvió a hundirse otra vez y tuve que tantear por debajo de su cabello flotante para quitar el tapón. Me acurruqué bajo una de las toallas mientras el agua se iba por el sumidero. Cuando su pecho quedó al descubierto, le puse una mano sobre el corazón. Nada. Me incorporé y me estiré. El suelo estaba empapado; el cerco de la bañera, manchado de sangre y de hebras de tabaco. Le eché más agua caliente para limpiarlo bien.

13

Tuve que abrazarlo por un lado para izarlo hasta el borde. El cadáver estaba flácido, como un muñeco de trapo. Cuando lo tuve tendido en el suelo, lo cubrí con la otra toalla y me senté en cuclillas a su lado hasta que se enfrió del todo.

Aparté un poco la toalla para descubrirle otra vez la cara, me agaché y le susurré al oído:

—No es Elisabeth. Es Judith.